

REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*IN MEMORIAM*  
**D. CARMELO LISÓN TOLOSANA**



*IN MEMORIAM*  
**D. CARMELO LISÓN TOLOSANA**



REAL ACADEMIA  
DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

*IN MEMORIAM*  
**D. CARMELO LISÓN TOLOSANA**

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS  
26 DE OCTUBRE DE 2021



El artículo 42 de los Estatutos de esta Real Academia dispone que, en las obras que la misma autorice o publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. La Academia lo será únicamente de que las obras resulten merecedoras de la luz pública.

© Real Academia de Ciencias Morales y Políticas  
Plaza de la Villa, 2  
28005 Madrid

Realización e impresión: Bravo Lofish Diseño Gráfico, S.L.

ISBN: 978-84-7296-392-4

Depósito legal: M-34921-2021



CARMELO LISÓN TOLOSANA



*In Memoriam*  
CARMELO LISÓN TOLOSANA

Excmo. Sr. D. RICARDO SANMARTÍN ARCE





El 20 de diciembre de 1973 me había trasladado desde Valencia a Madrid con un permiso extraoficial del coronel del Centro de Instrucción de Reclutas, donde estaba cumpliendo mi servicio militar. Ese cambio de región militar se otorgó de modo extraordinario y con la advertencia de no crear problemas. Me fue concedido por la seriedad del propósito académico, pues tenía que recabar en Madrid el consejo y orientación del Profesor D. Carmelo Lisón Tolosana. A mi coronel le sorprendió que un Licenciado en Económicas por la Universidad Comercial de Deusto quisiera doctorarse en Derecho bajo la orientación de un antropólogo. A lo exótico –entonces– de mi pretensión, se sumó accidentalmente lo extraordinario de la fecha. Una vez llegado a Madrid, temí que en los registros que ese día se estaban efectuando por el atentado de ETA al presidente del Gobierno L. Carrero Blanco, se percibiera la irregularidad de mi permiso, y que aquel viaje que entonces emprendía, en vez de terminar hoy en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, terminase entre rejas.

A ese singular viaje siguieron muchos a lo largo de casi medio siglo que compartí con Carmelo

Lisón por España, Italia, Francia, Túnez, Méjico..., así como otros de autor en autor, de problema en problema, saltando de una a otra disciplina, entre universidades, museos y música, pasando de La Puebla de Alfindén a Rilke, de Evans-Pritchard o Mary Douglas a Botticelli y Velázquez, de Heisenberg y Wittgenstein a Vico y Gadamer, de Lévi-Strauss a Geertz. Esa larga relación fue, a todas luces, un privilegio.

Lisón no solo fue mi maestro y amigo. Lo fue de muchos. “Maestro Lisón” es el título de un libro que acaba de editar Honorio Velasco, en el que se reúnen firmas de antropólogos españoles, norteamericanos y europeos que así lo sienten, como maestro de todos nosotros. Él nunca lo pretendió. Fue un resultado natural de su acción, un efecto colateral de aquel impulso vital que le llevó a crear una universidad itinerante con cinco reuniones internacionales al año. A todos nos es bien conocido su espíritu aragonés y su machadiana austeridad, que le hacían huir de todo seguimiento, de todo honor público. Espero nos perdone por esta sesión que, al rendírsela tan mercedamente, nos la rendimos a todos nosotros, no ya por merecimiento nuestro, sino por la necesidad de objetivar en él la verdad del ejemplo, y así poder comprender mejor qué fue lo que él hizo.

Su entrega vocacional a una ciencia moral, tan iluminadora para esta época de cambios, fue

algo verdaderamente excepcional, un testimonio de cuánto se exige de nuestra atención y constancia para penetrar hasta el fondo en los dilemas humanos de nuestra época. Lisón nunca se quedó en el umbral de los problemas, a él nunca le asustó la radicalidad o grandeza de las preguntas que la observación empírica de la cultura y la sociedad le planteaban. Por eso iba y venía, en su reflexión, desde el pequeño dato etnográfico captado al vuelo, casi como un acto fallido de un informante o de un actor, a la mayor de las preguntas sobre la experiencia del mal.

Lisón era historiador y antropólogo, una fusión muy acorde con la Social Anthropology de Oxford, y nunca pretendió cambiar de disciplina con su reflexión. Veía, sin embargo, la diferencia entre la inanidad de las preguntas que, buscando el éxito de la claridad, se conforman con la simpleza de las respuestas, y aquellas que, por más incontestables que pareciesen, era imposible acallar una vez surgían de los hechos observados. Los hechos sociales que Lisón estudiaba eran reales, observables en el campo, pero al mirarlos veía en ellos una profundidad a la que no siempre llegaban con su conciencia explícita ni los propios actores ni los científicos. La misma condición humana detectó entre bonzos japoneses o teólogos europeos, entre enfermos occidentales y sus terapeutas, que son algunos de los tipos humanos que poblaron su honda y

extensa obra. Siempre fue consciente de cuán difícil es ser empírico, y cómo eso solo se logra siendo, a su vez, intérprete, creador de comprensión. Esa hondura de la vida de cada cual, la veía Lisón presente en cada informante como una carga llena de respeto que presidía y marcaba la conversación al explicarle un ritual, al razonar sobre la herencia de unos bienes, al confesar la búsqueda de remedio a la enfermedad aun sufrida tras largos años en busca de curación. Su interpretación no se basaba en una impresión subjetiva, sino en la comprensión de las constantes detectadas empíricamente que alentaban su reflexión para dar cuenta exacta de lo observado.

Carmelo Lisón falleció el martes 17 de marzo del 2020. Fue el fundador del Departamento de Antropología Social, en los primeros años setenta, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense, en el Campus de Moncloa entonces. Curso a curso, fue creando una especialidad en Antropología Social dentro de la Licenciatura en Sociología, que pasó a ser una Licenciatura de segundo ciclo, con un plan propio de Doctorado. Lisón no solo fue el creador del primer plan de estudios en Antropología Social, de la Licenciatura al Doctorado, sino que, desde los primeros pasos para formar el Departamento, fue también el impulsor de la formación especializada del profesorado.

La etapa de la Transición en España, no solo fue importante desde el punto de vista político, sino también por la renovación económica y cultural. En ese marco hay que situar el esfuerzo creador de una nueva disciplina académica con Licenciatura, Doctorado y Revista, así como de un nuevo tipo de investigación y una nueva profesión. Para ello se inspiró en una concepción de la vida académica muy diferente a la de la tradición previa a la Transición. Lisón buscó y propuso como profesores a quienes hubiesen ampliado su formación en reconocidas universidades extranjeras, y hubiesen adquirido una experiencia de investigación empírica de un año como mínimo desarrollando un trabajo de campo según el estilo característico de la observación participante y la entrevista densa y abierta, en convivencia con quienes crean su propia historia. Así fue reclutando a hombres y mujeres formados en las universidades de Oxford, Manchester, Londres, York, Cambridge, París, Pensilvania, Florida y California. Tras la Constitución, en pleno despliegue de la España de las Autonomías, con la colaboración de su colega de Princeton y Chicago, James W. Fernandez, desarrolló un plan de investigación dirigiendo tesis doctorales sobre la cultura en las distintas comunidades autónomas que entonces se formalizaban. Con esa política académica y su “universidad itinerante”, modernizó las ciencias sociales y puso en contacto su

naciente Antropología Social con la comunidad científica internacional. Quienes participamos en las sesiones anuales de la Casa de Velázquez, Sigüenza, Jaca, Granada, Santander y Valencia recordamos el pluralismo intelectual y lingüístico, la apertura internacional de los asistentes, y la amplitud de sus horizontes como una época dorada de la Antropología Social que él hizo posible.

Lisón había estudiado Historia en la Universidad de Zaragoza, la más cercana a su Puebla de Alfindén natal, contribuyendo a su sostén con su trabajo docente hasta que, ya licenciado (1957), fue a estudiar Etnología a Alemania, y Antropología Social en Inglaterra. En ambas, Lisón había conocido otro estilo universitario, según el cual los profesores no se centraban en programas de asignaturas, sino en su propia investigación. La enseñanza se basaba, además de las clases, en sesiones tutoriales individuales, discusiones de seminario y trabajos comentados cada quince días de modo personal. La lectura en las frías tardes inglesas le retenía en la cálida atmósfera de la biblioteca del Instituto de Antropología Social de Oxford hasta su cierre. Allí conoció a su querida Julia Donald, con quien compartió toda su trayectoria vital y académica.

En Oxford desde 1958, becado con la Alan Coltart Scholar en el Exeter College, y tras sus estudios con Mary Douglas, Godfrey Lienhardt,

y John Campbell entre otros, se doctoró en 1963 bajo la dirección de Evans-Pritchard, con una novedosa tesis sobre su propia comunidad de origen que tituló como *Belmonte de los Caballeros. Anthropology and History in an Aragonese Community*<sup>1</sup>. Evans-Pritchard, como director del departamento, propuso para su tesis seguir la tradición británica realizando un trabajo de campo en África. Era todavía la época en la que se decía que para ser antropólogo había que hacer trabajo de campo en África. Frente al paradigma funcionalista, y recién destacada la proximidad entre la Historia y la Antropología por Evans-Pritchard en 1950<sup>2</sup>, Lisón, que desde muy joven había estudiado y vivido fuera de su comunidad, y había aprovechado los veranos para viajar por Europa, quiso volver a su tierra para penetrar en la cultura local desde una mirada diferente, for-

---

<sup>1</sup> LISÓN TOLOSANA, C. 1966: *Belmonte de los Caballeros. Anthropology and History in an Aragonese Community*. Oxford University Press. Más tarde, en 1983, fue reeditada en Princeton University Press, pero nunca se tradujo al español.

<sup>2</sup> En 1950 dio Evans-Pritchard en Oxford su famosa conferencia en honor de Marett sobre la proximidad de la Antropología Social y la Historia frente a las ciencias naturales, ideas que reiteró en 1961 en la Universidad de Manchester, citando el carácter comparativo, semántico y hermenéutico de la Antropología Social para lograr la comprensión de la especificidad cultural, mucho antes que C. Geertz.



mada en la Antropología británica. Desde un principio, ese contraste y extrañamiento de lo que fue el propio mundo, marcó el método comparativo. El trabajo de Lisón, se insertaba de ese modo en el más amplio proyecto de estudio de las culturas del Mediterráneo que acabaron desplegando muchos de los alumnos de Evans-Pritchard; trabajo del que, en 1977, decía J. Davis desde Oxford: “The anthropological future of history lies with Lison-Tolosana”<sup>3</sup>. De hecho, siguió luego participando en los encuentros y publicaciones internacionales sobre Antropología del Mediterráneo, uno de los cuales organizó él mismo en Zaragoza, en 1989.

La publicación en inglés de su primer libro en Oxford University Press, y reeditado en 1983 en Princeton University Press, suponiendo sin duda un indudable éxito profesional, veló en el mundo anglosajón el más largo trabajo de campo que realizó Lisón en otros contextos y temas publicados en español. Por ello, no es posible entender la contribución de Lisón a la Antropología Social sin contar con sus once volúmenes sobre Galicia, o sin su estudio de Japón e Iberoamérica, sus aportaciones teórico-metodológicas, o su misma forma de practicar la observa-

---

<sup>3</sup> DAVIS, J. 1977: *People of the Mediterranean. An essay in comparative social anthropology*. London, Routledge & Kegan Paul, p. 258.

ción de campo y las entrevistas<sup>4</sup>, que incluía desde sus inicios la filmación.

### **Método y teoría**

Su papel innovador no se limitó a su empeño en investigar en el contexto de su propio origen cultural, sino también por el uso de una tecnología entonces novedosa: magnetófono, cámara fotográfica y filmación en super 8 que, además de suponer una pesada carga de 12 kg por caminos de herradura, tenía que conectarse a la corriente eléctrica. Es difícil imaginar en 2021 las situaciones que se creaban en la España de los años sesenta del siglo XX. En muchos de los lugares de las entrevistas no existía corriente eléctrica. Había que buscar casa que tuviera conexión. Allí la curiosidad atraía a otros vecinos, y la dificultad del campo se transformaba en oportunidad para registrar una más amplia etnografía. Luego tenía que “vaciar” la cinta transcribiendo fielmente lo registrado para poder usarla al día siguiente en otra entrevista, con la -hoy impensable- pérdida del registro sonoro inicial. A pesar de las becas de la Wenner-Gren Foun-

---

<sup>4</sup> Véase TRAIMOND, B. 2012: *La novedad de la obra de Carmelo Lisón Tolosana*. Barcelona, *Revista Anthropos*, Nº 235, pp.57-66.

dation y de la Gulbenkian Foundation, no era fácil conseguir suministros para registrar sonido o imagen en la profundidad de la Galicia rural. Con ese esfuerzo innovador Lisón logró una etnografía más fiel y más amplia que la de la mayoría de antropólogos de entonces, como todavía hoy reconocen sus colegas europeos. Con ese espíritu innovador, con pocos medios y frente a la incomprensión académica que tanto ha pesado en nuestras universidades, montó sus propias películas de campo, y enseñó a hacerlo a otros investigadores, lo que terminó introduciendo en los planes de estudio las nuevas tecnologías. El legado en imágenes y películas, filmadas por él mismo, posee ya un valor en la historia de la Antropología visual europea.

Tras los años de estancia en Galicia, Lisón volvía al campo al terminar cada curso académico en Madrid. Con ello realizó una singular fusión entre Antropología e Historia. En su excelente estudio de los ritos y creencias en torno a la salud mental<sup>5</sup>, Lisón pudo seguir la evolución del proceso en unos mismos creyentes, pacientes o actores e informantes a lo largo de más de diez años. De ese modo pudo historiar e interpretar antro-

---

<sup>5</sup> LISÓN TOLOSANA, C. 1990: *Demonios y exorcismos en los siglos de oro. La España mental I*. Madrid, Akal. Y *Endemoniados en Galicia hoy. La España mental II*. Madrid, Akal.

pológicamente los sutiles y progresivos cambios rituales, creenciales, valorativos y prácticos que captaba en su propia etnografía. Lisón percibió con lucidez el tiempo, la historia, como dimensión viva en el presente de la etnografía que elaboraba. De hecho, la inclusión en sus publicaciones de lo que normalmente se entiende por historia del lugar, solo la realizó en todos los casos después de haber estudiado etnográficamente el presente, esto es, en su metodología iba del presente al pasado para volver luego al presente. Lisón partía de su rico conocimiento etnográfico del presente para buscar cómo se había gestado en el pasado la cultura que ahora observaba, iba del fruto a las raíces, sabía lo que buscaba en la tierra de la historia para desentrañar los frutos cosechados en su trabajo de campo. Su atención al testimonio del pasado, a la duración del pasado en el presente, le permitió proyectar sobre los documentos una mirada crítica, consciente de que interpretamos bajo el efecto de aquella misma historia que ha ido gestando la imagen desde la que la miramos; es lo que Gadamer llamó historia efectual.

A la mirada sobre España Lisón siempre ha sumado su propia mirada sobre Latinoamérica y Asia. Sus viajes al Cono Sur, a China y a Japón, alimentaron su interés por los grandes encuentros interculturales en la historia. Veía en esos encuentros una manifestación viva del conjunto

de problemas científicos que la diversidad cultural plantea hoy a la Antropología. Por eso Lisón ha escrito sobre el empeño de la Corona española por comprender la rica diversidad cultural de sus reinos, o sobre la gesta intelectual que realizaron los misioneros españoles al elaborar gramáticas nativas e idear técnicas de investigación sobre el terreno, o al empeñar su sincero esfuerzo por traducir y comunicar entre sí creencias dispares desde la común raíz de la condición humana.

### **Creencias**

Su estudio del diálogo entre los nativos americanos y los dominicos, o entre los jesuitas y los bonzos japoneses del siglo XVI ha sido la base para una honda reflexión antropológica sobre problemas reales del siglo XXI, en el que la diversidad de creencias y culturas se ha hecho muy presente con las migraciones y la globalización.

Carmelo Lisón nos hace ver cómo, tras la incompreensión entre los actores, hay una estrategia similar en el uso etnocéntrico de sus respectivas culturas. Unos y otros se fundan en su racionalidad y tradición como modelo de pensamiento, pero lo hacen sin darse cuenta de cómo todo sistema interpretativo pende de una experiencia histórica que ha ido creando un estilo de vida. El encuentro terminaba en choque en muchas oca-

siones. Los jesuitas se fundaban en la racionalidad y el tomismo, y por parte japonesa, tras aplicar razonamientos similares, no concebían cómo pudo haber un Dios creador crucificado como un delincuente, cómo cabía sostener una esperanza en otra vida frente a la inmensidad del vacío y la nada del budismo. Los conceptos mismos (dios, nada, creación, vacío...) refieren a contenidos distintos en cada cultura sin que unos y otros actores sospechasen la magnitud de sus diferencias.

Los jesuitas abrieron, sin duda, una gran vía de comunicación entre Oriente y Occidente que luego ha tenido una larga fecundidad. La influencia de Japón en el arte europeo<sup>6</sup> ha sido determinante de sus cambios tanto como en la filosofía. No solo Schopenhauer, sino también Heidegger, C. G. Jung, E. Fromm y tantos otros, o D.T. Suzuki, K. Nishitani, B.C. Han, entre otros, sin olvidar al jesuita H.M. Enomiya Lassalle, han contribuido poderosamente a la transformación del pensamiento, a la difusión de la meditación, al cambio de costumbres. No fue, pues, ese encuentro un mero hecho del pasado, sino que esa historia que Lisón analiza sigue produciendo efectos en pleno siglo XXI, en el que atestiguamos una mutua fecundación mucho más allá

---

<sup>6</sup> Véase GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. 1989: *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*. Barcelona, Anthropos.

de las industrias y economías china, japonesa y occidental, y que penetra en el arte, en la religión, en las terapias que unos y otros aplican en el presente y que ayudan a la propia comprensión de quienes las practican. Lisón, con su obra, brindó un modelo científico para el estudio del diálogo intercultural.

### **Galicia, el trabajo de campo y la interpretación**

No es solo *rito* y *creencia* lo que Lisón ha estudiado. Llega a ellos tras un largo trabajo de campo sobre el contexto. Fiel a la tradición británica, ha insistido en estudiar *la cultura en la sociedad y la sociedad en la cultura*. Al repasar sus monografías siguiendo el orden de las fechas de publicación original, se nos desvela el orden metodológico de una mirada de gran alcance que, en coherencia con Vico, Bergson, Ortega, Zubiri o Gadamer, nace del contacto con la realidad y ante la resistencia de esa vida que observa a adaptarse a nuestras categorías y previsiones teóricas. Modificar las propias categorías al hilo de la conversación con la cultura ajena es algo que Lisón ha tenido bien claro y que ha puesto siempre en práctica en toda su larga trayectoria intelectual.

Entre su primer volumen de 1971 al número 11 sobre Galicia, de 2016, desarrolla una investigación, con su propia etnografía de campo, que

abarca 45 años. El uso que Lisón hace de las entrevistas y de la observación en el campo, no solo con las creencias y rituales, sino sobre todo con los valores morales, la salud y la enfermedad es, sencillamente, un logro no superado. Lisón no da un paso sin un ejemplo –sin muchos, en realidad– porque los propios informantes le exponen así sus criterios, expresándole casos reales. De ese modo, la traslación del contexto al texto es contundente, como si el lector se moviese con el autor entre los mismos informantes. Pero eso no significa que el resultado antropológico sea como una conclusión lógica, definitiva y perfecta. Nada más lejos del estilo de Lisón. Su misma proximidad con el contexto le lleva a matizar la relatividad de toda conclusión, la ambigüedad de lo inferido, la imposibilidad de encerrar el conocimiento en el molde estrecho y simple de las definiciones.

Con su regreso anual al terreno de la observación durante tanto tiempo y con su conciencia del carácter cambiante y abierto de la cultura, perpetuamente inacabada, Lisón consigue –y es este uno de sus más difíciles logros– desvelar la lógica cultural subyacente aun en su misma dinamicidad y cambio. Nunca fuerza los hechos para que encajen en sus hipótesis, sino que desvela y respeta el contenido contradictorio de las opciones que cada institución, imagen o gran categoría cultural encierra, para, más allá de esa sor-



prendente tensión, reconocer el *aire de familia* que comparte cada opción y su contraria, frutos ambas de una misma creación cultural de la historia. Sin seguir el estructuralismo francés, ha logrado algo en lo que insistía Lévi-Strauss. Los modelos con los que los antropólogos interpretamos la estructura de la cultura han de dar cuenta, en su desarrollo, de todos los hechos observados, esto es, han de mostrar cómo resultan productos propios de una misma cultura sus normas y su transgresión, el arco entero de la valoración, en pro y en contra, en un ámbito de conducta que atrae hacia sí la atención colectiva de la cultura, ese núcleo que está más allá de una opción y de su contraria y que, no obstante, conserva el aire propio de la cultura que se reproduce en el tiempo, traduciéndose a sí misma en cada época mientras parece traicionarse sutilmente.

En realidad, esa continuidad de la cultura bajo la superficie de los cambios, solo la capta quien no deja de observarla y estudiarla a lo largo de medio siglo. Solo entonces puede el antropólogo desvelar la unidad en la diversidad, la presencia del todo en cada parte, el sentido que comparten la afirmación y su negación. Más allá de los autores que le inspiraron, dice Lisón de sus informantes: “Todos me han hecho pensar [...y] me han enseñado [lo] que no se aprende en libros”.

No solo sus libros, también su persona, nos sigue haciendo pensar a todos. Emerson dijo que “una institución es la sombra alargada de un hombre”. Toda la Antropología española se ha visto enriquecida y retada a su vez por su obra y su persona, por su empuje creador hasta el último momento. Doctor en Antropología Social por la Universidad de Oxford, Honorary Fellow of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, Medalla de Plata de Galicia y Premio Aragón a las Ciencias Sociales y Humanas, condecorado en la Casa de Velázquez con la Palmas Académicas por el Estado Francés, así como doctor honoris causa por las Universidades de Burdeos y Murcia, ha dejado sus bienes a la Fundación Humanística Lisón-Donald, que deberá proseguir su tarea en La Puebla de Alfindén para el futuro de las ciencias sociales. Su alta sombra sigue siendo alargada y luminosa. En todos nosotros ha dejado un gran recuerdo, hondo e imborrable

## BIBLIOGRAFIA

- DAVIS, J. 1977: *People of the Mediterranean. An essay in comparative social anthropology*. London, Routledge and Kegan Paul.
- EVANS-PRITCHARD. E.E. 1978 (1962): *Ensayos de Antropología Social*. Madrid, Siglo XXI.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, J. A. 1989: *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*. Barcelona, Anthropos.
- LEWIS, I.M. 1971: *Ecstatic Religion. A Study of Shamanism and Spirit Possession*. Penguin Books.
- LISÓN TOLOSANA, C. 1966: *Belmonte de los Caballeros*. Oxford U. Press.
- LISÓN TOLOSANA, C. 1971: *Antropología Social en España*. Madrid, Siglo XXI.
- LISÓN TOLOSANA, C. 1979: *Antropología Cultural de Galicia*. Madrid, Akal.
- LISÓN TOLOSANA, C. 1979: *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia. Antropología cultural de Galicia, 2*. Madrid, Akal.
- LISÓN TOLOSANA, C. 1990: *Demonios y exorcismos en los siglos de oro. La España Mental I, y Endemoniados en Galicia hoy. La España Mental II*. Madrid, Akal.
- LISÓN Tolosana, C. 2005: *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*. Madrid, Akal.
- LISÓN TOLOSANA, C. 2010: *Antropología integral. Ensayos teóricos*. Madrid, Editorial Universitaria Ramón Areces.
- LISÓN TOLOSANA, C. 2010: *Qué es ser hombre (valores cívicos y valores conflictivos en la Galicia profunda)*. Madrid, Akal.
- LISÓN TOLOSANA, C. 2016: *Galicia, singularidad cultural. Antropología cultural de Galicia, XI*. Madrid, Akal.
- TRAIMOND, B. 2012: *La novedad de la obra de Carmelo Lisón Tolosana*. Barcelona, Revista Anthropos, N° 235, pp.57-66.

*In Memoriam*  
CARMELO LISÓN TOLOSANA

Excmo. Sr. D. JAIME TERCEIRO LOMBA



No me resulta posible hablar hoy aquí del que fue nuestro compañero Carmelo Lisón sin un profundo sentimiento de emoción y también de gratitud, no solo personal, sino también académica.

La causa de mi emoción está en su persona, en lo bueno e íntegro que era, y en la estrecha amistad que nos unía. Sí, me he sentido muy amigo suyo. Mi gratitud privativa deriva de lo mucho que aprendí de él sobre mi tierra: Galicia. Y mi reconocimiento académico tiene causa en que su cercanía y su obra, o mejor dicho una parte de ella, me hizo un mejor profesional de la economía.

Nuestro compañero Carmelo Lisón falleció el 17 de marzo de 2020 a los 90 años, en las semanas en las que arrancaba la terrible pandemia que hemos vivido, y que fue la causa de que este acto se demorara en el tiempo. Había tomado posesión de su plaza en esta Academia el 4 de febrero de 1992 con un discurso titulado «*La imagen del Rey: Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*». Desde entonces muchos y variados son los temas que abordó en sus muy apreciadas intervenciones en el Pleno de la Academia. La primera vez que hablé con él fue con motivo de mi candidatura a esta corporación, hace ya más de un cuarto de siglo. Intercambiamos entonces unas breves palabras,

cuando yo solo había oído hablar vagamente del profesor Lisón Tolosana y de su inmensa actividad académica.

Desde aquella fecha todavía, y mucho lo lamento, tardé algunos años en darme cuenta de la magnitud humana e intelectual de Carmelo. Cuando uno ya ha dejado atrás las etapas más relevantes de su vida, es cuando ciertamente echa en falta no haber estado más cerca de personas como él muchos años antes. Se me hizo muy corto el tiempo en el que gocé de su cercanía. En todo caso, mi memoria y respeto hacia Carmelo serán inacabables.

El profesor Sanmartín ya nos ha recordado su trayectoria académica, a la que poco más quisiera añadir que resaltar lo singular de su camino al doctorado que obtuvo en la Universidad de Oxford.

Fue una vez terminada su licenciatura de Filosofía y Letras en la rama de Historia, con premio extraordinario, en la Universidad de Zaragoza, cuando se empezó a interesar por la Antropología, previa lectura de algunos autores alemanes. Empezó entonces un arriesgado viaje a Múnich, donde estuvo los meses suficientes para darse cuenta de que el tipo de investigación que a él le interesaba se desarrollaba en aquellos años en Inglaterra. Allá se trasladó, con un nulo conocimiento del idioma, y en estas condiciones se presentó al director del Departamento de Antropología del *University College* de Lon-

dres. Después de un curso en este centro fue admitido como *scholar* en el *Exeter College* y, posteriormente, como *Visiting Fellow* en el *St. Antony's College* de la Universidad de Oxford. Allí se graduó en Antropología Social en 1959 y obtuvo el grado de doctor en 1963.

Todo este itinerario —un animoso e incierto ejercicio de prueba y error— hacia el objetivo que se había propuesto estuvo condicionado, en un principio, por la parquedad de sus recursos económicos y, ya más tarde, a las sucesivas becas y ayudas, algunas de gran prestigio, que le fueron concedidas. Como se podrá comprobar, un derrotero mucho más problemático del que años después, y afortunadamente, se consolidó como el procedimiento estándar para ser admitido, y conseguir la financiación correspondiente, en universidades de prestigio fuera de España para la ampliación de estudios. También en esto fue un pionero.

\*\*\*\*

De su obra publicada escogeré una pequeña muestra para procurar poner de relieve lo mucho que de Carmelo aprendí. Por admirable que pueda parecer, también de él aprendí a intentar saber estar en esta Academia. No es fácil, al menos para alguien con mi formación, integrarse en un foro como el nuestro en el que,



por otra parte, la interdisciplinariedad es uno de sus grandes activos. De esta dificultad me di cuenta bien temprano, y Carmelo expuso su punto de vista al respecto aquí, por última vez el 20 de octubre de 2009, cuando nos dijo al final de su ponencia titulada «*Antropología aplicable*»:

Que la interdisciplinariedad es necesaria, pero que también tiene límites; es necesario acercarse y otear otros campos y disciplinas, pero desde el propio y con la propia. En cuanto antropólogos no somos médicos ni políticos ni moralistas etc., estos profesionales hacen mejor su propio oficio que nosotros; a nosotros nos corresponde cumplir con nuestro rol y profesión, a saber, hacer Antropología per se, Antropología de la buena y ésta será siempre aplicable... por otros, por expertos; la buena voluntad de ayudar al prójimo no basta.

En efecto, siempre es inteligente analizar un problema desde disciplinas distintas, a reserva de que la aproximación que se hace desde cada una de ellas tenga la solvencia necesaria. Sin embargo, y con frecuencia, las aproximaciones multidisciplinarias se confunden con la frívola utilización de las herramientas de una de las disciplinas por las otras. Llegado a un determinado punto de la reflexión, Carmelo lo decía de una manera más hermosa y precisa: «mi frágil pala antropológica se quiebra una vez más y cede el paso a otras disciplinas».

Muchas veces hablé con Carmelo de y sobre Galicia, con la que tuvo su primer contacto en el otoño de 1963, casualmente en las fechas en las que yo me vine a Madrid a empezar mis estudios universitarios. Como recuerda en alguna de sus monografías dedicadas a mi tierra, fue en ese año cuando hizo un inicial recorrido de su geografía tomando notas de todo tipo, fotos de aldeas, de viejas casas blasonadas, de vetustas iglesias parroquiales y de labregos y mulleres en su quehacer ordinario. También aprovechó aquella primera estancia para hacerse con una agenda de direcciones y contactos en el entorno rural que le fueron prestadas por notarios, médicos, abogados, farmacéuticos, sacerdotes, folcloristas y profesores a los que previamente se había acercado en las ciudades. Con este crédito ajeno y una carta de presentación de la Universidad de Oxford para las autoridades correspondientes tomó, a principios de 1964 y con su inseparable Julia, el bordón de peregrino etnográfico y el zurrón antropológico que colmó de notas, fotografías y películas. Este trabajo de campo duró dos intensos años, y en él recorrió decenas de miles de kilómetros en automóvil, a pie, en mula y en barca. Como alguna vez me comentó, durante aquellas largas jornadas de trabajo sus interlocutores no acertaban a saber cuál era el propósito de su tarea y mucho menos a atinar con su profesión. Lo llegaron a tomar por chamarilero e incluso

por brujo, y en ocasiones la bruja local le llegó a proponer un trueque de recetas, bendiciones y esconjuros. Pues bien, sobre todo este material ha reflexionado y escrito el profesor Carmelo Lisón durante más de cincuenta años.

Conocía bien la variedad de la cultura popular gallega en todas sus áreas, formas y maneras, y, como dejó dicho:

Las creencias, cuentos, apotegmas, decires y cantares, leyendas etiológicas, ritos, figuras sintéticas y mitos expresan un sentido de profundidad e infinitud que va mucho más allá del hecho en su apariencia empírica y de lo que el sintagma transmite.

Hace ya tiempo que cada año dedico algunos días, en sus distintas estaciones, a recorrer la Sierra del Caurel, en la provincia de Lugo. En mis caminatas por aquellas aldeas, valles y montañas siempre retoñan algunas de las incontables experiencias de Carmelo por esos lugares, que él habitó bastantes décadas atrás. A mi vuelta del Caurel, de manera asidua, comentábamos algún detalle concreto de mi última excursión que él invariablemente complementaba con inteligentes observaciones y con la tímida sugerencia de la lectura de alguno de sus escritos. Llevo ya dos años sin poder hacerlo, y tanto que lo extraño. Pero también creo que aquellos caminos, aquellas *corredoiras*, lo echan mucho de menos. Tan

sabio aragonés me enseñó a entender mejor a mi tierra gallega.

Valga un simple ejemplo. En su libro *Galicia, singularidad cultural* Carmelo da cuenta de que fue precisamente en Visuña, una remota aldea del municipio de Folgoso de Caurel, donde por primera vez oyó el aforismo *Deus é bo, pero o demo tampouco che é malo* en la versión más o menos castellanizada de *Dios es bueno pero o demo no es malo*. Se la había dicho uno de sus informantes, a la hora de despedirse después de una larga conversación y no quería olvidarla, por eso así, al pie de la letra, la recogió celosamente en un cartón blanco en el que guardaba los cigarrillos. En el trayecto que lo llevaba desde allí hasta Cervantes, camino de Monforte de Lemos, nos cuenta Carmelo que fue anotando pequeñas variaciones de esta frase.

Años más tarde la retomó con un sinfín de interrogantes de no fácil respuesta, pero que él estaba seguro de que exigían una reflexión antropológica. Por ejemplo, cuando se pregunta si cuestiona o propone una verdad escéptica, nos responde que

La duda es inherente a la creencia, con la que le une un vínculo lógico; la incertidumbre es inseparable, además, de un horizonte de creencia instalado en un modo de vida, modo que la cimienta y le aporta validez situacional.

También nos sugerirá que este apotegma nos habla de la polaridad como modo de clasificación, y de que un término llama, por contraste, a su particular opuesto, *dios* y el *diablo*, poniendo de relieve que nos movemos en esquemas duales. Así, hablamos de hechos reales y fantásticos, de comportamientos religiosos y profanos, o legales e ilegales y, en fin, de valores morales e inmorales. Nos enseña el profesor Lisón que en el citado apotegma este tipo de formulación bipolar no es precisamente la oposición formal, sino la dulcificación de la radicalidad de esa oposición. Igualmente nos señala que los considerados protagonistas de la ambigüedad se adelantaron a la celebración posmoderna de la duda y de la incertidumbre, y también al elogio de los límites de la razón. En definitiva, Carmelo nos dice que el aludido aforismo de *Dios es bueno, pero el diablo tampoco es malo* nos habla de la «Galicia relativizadora de ismos, licuadora de categorías, disolvente de fronteras» y, en fin, de su perfil abierto y de su carácter incluyente. Dicho de otra forma, «la que nos hace a todos humanos, aunque de varia manera».

A mí solo me cabe añadir que no es de extrañar, dados sus vínculos literarios y familiares con varios lugares de Galicia, que Fernando Pessoa recoja este comentado aforismo en su Libro del desasosiego, publicado por primera vez en 1982, 47 años después de su muerte. Así aparece en

alguna de sus ediciones, que no en todas, en portugués: *Deus é bom mas o diabo também não é mau.*

\*\*\*\*

Seguramente el nobel de Economía Douglas North es la figura más representativa de la que conocemos como la teoría económica de las instituciones. Caracteriza North las instituciones por tres de sus dimensiones: en primer lugar, la dimensión formal, es decir, el conjunto de normas legales, organizaciones políticas, económicas y sociales creadas tanto por el Gobierno como por la iniciativa privada; en segundo lugar, la dimensión informal, representada por los sistemas de valores y convenciones sociales que rigen y condicionan el comportamiento de los ciudadanos; en tercer lugar, los mecanismos que garantizan el cumplimiento de las normas y contratos.

Las instituciones, según North, constituyen las reglas de juego de una sociedad, es decir, el conjunto de restricciones desarrolladas a lo largo del tiempo que conforman la interacción humana dentro de ella. Aunque las reglas formales pueden cambiar en un corto plazo de tiempo como resultado de decisiones políticas o económicas, tanto las informales como los mecanismos de cumplimiento de unas y otras lo hacen en períodos de tiempo mayores. Como consecuencia, en la práctica existe, frecuentemente, una visible

divergencia entre la norma y la realidad, entre los resultados y las intenciones.

Pues bien, es precisamente a la dimensión informal de las instituciones a la que el profesor Lisón Tolosana le prestaba especial atención, y a la que los economistas debiéramos otorgar mucha más de la que le concedemos. Dicho sea con sus palabras:

La etnografía nos proporciona conocimiento concreto, nos adentra en constelaciones particulares de situaciones humanas, nos pone en relación con hombres y mujeres en su diario vivir, con sus tradiciones, costumbres, creencias, temores, esperanzas y tensiones, con sus normas y transgresiones. Al argumento formal científico, libre de valor, contrapone narrativas factuales y argumentos substantivos, empíricos, en situaciones y contextos cargados de significado y densos en valor.

El olvido de la dimensión informal del tramado de instituciones de determinados países ha conducido a verdaderos desastres no solo económicos, sino también políticos. Volvamos, otra vez, al profesor Lisón cuando afirmaba aquí, en la citada ponencia de octubre de 2009, que «Necesitamos imaginación antropológica para re-pensar la guerra contra el terror, el eje del mal, las inevitables crisis políticas venideras» y agregaba:

Ayudaría mucho a la autoridad militar que conociera mejor la estructura social y la historia local y política para encauzar sobre base real los problemas; lo mismo vale sobre los talibanes que sólo se combaten con las armas que ya fracasaron en Vietnam.

Ya dos años antes también nos recordaba, en su ponencia «*Modos de ver, maneras de actuar*», que:

Tenemos que exponer la realidad y fundamento humano de estos problemas y su envoltura cultural pero siempre teniendo como meta hacer lo nuestro con atención al detalle y al matiz.

Hoy somos conscientes de los errores cometidos, sucesivamente, en Vietnam, Irak o Afganistán. Volviendo a los esquemas duales a los que hacía referencia nuestro compañero, este tipo de guerras no son realmente entre buenos y malos, sino entre distintos valores y culturas. Los recientes acontecimientos en Afganistán me llevaron a repensar el tipo de análisis interdisciplinar al que se refería el profesor Carmelo Lisón, ya que, como hemos dejado señalado, era bien consciente de que no hay una única aproximación a este tipo de problemas, ni siquiera la antropológica.

La invasión de Irak es un buen ejemplo para esta clase de ejercicio. Recuérdese que el debate entonces era si la presencia de armas de des-



trucción masiva podía justificar la invasión de Irak y si una estrategia alternativa era continuar con el proceso de inspección dirigido a la búsqueda de tal tipo de armamento. Por eso no está de más traer aquí, al menos parcialmente, alguna de las razones políticas que se dieron entonces para evaluar con mayor cautela la invasión de aquel país, y que complementa la razón antropológica que Carmelo nos dejó por escrito. Un buen ejemplo lo tenemos en la intervención del ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Dominique de Villepin, en el Pleno de la ONU el 14 de febrero de 2003, cuando dio las razones políticas con las que su país se opuso a la invasión. Esta es la última parte de su discurso:

La opción de la guerra puede parecer, a priori, más rápida. Pero no olvidemos que, tras haber ganado la guerra, hay que construir la paz. Y no nos engañemos: será una tarea larga y difícil, pues hay que preservar la unidad de Irak, restituir una estabilidad duradera en un país y una región enormemente afectados por la intrusión de la fuerza. Frente a estas perspectivas, está la alternativa que ofrecen las inspecciones, que permite avanzar día a día por la vía de un desarme pacífico de Irak. A fin de cuentas, ¿no se trata de la opción más segura y rápida? Nadie puede afirmar hoy que el camino de la guerra será más corto que el de las inspecciones. Nadie puede afirmar tampoco que desembocará en un mundo más seguro, más justo

y más estable. Pues la guerra es siempre la constatación de un fracaso.

Desde luego, hace veinte años aún no se había generalizado la política de *fake news*, pero, indudablemente, la imaginaria presencia de armas de destrucción masiva en Irak fue una de las primeras y más devastadoras de este tipo de patrañas. Hay que recordar, de acuerdo con un informe del *Center for Public Integrity*, que la Administración del presidente Bush difundió entre los años 2001 y 2003 un total de 935 declaraciones falsas referentes a la presunta amenaza de este tipo de armas.

El profesor Lisón nos recordaba, en la sesión del 4 de marzo de 2008, en su ponencia con el clarificador título de «*El Mal es el otro y... nosotros*», cómo en plena guerra contra el *eje del Mal*, un predicador favorito en la Casa Blanca afirmó que «el Dios del Islam es un Dios diferente... el Islam es el mal y su religión malvada». Terminaba nuestro compañero señalando que

Identidad, nacionalidad, religión, ideología, historia personal, geografía y conjunto de intereses condicionan la aplicación moral del lenguaje apocalíptico.

Un editorial del *The Economist* del pasado mes de agosto planteaba el fiasco que supuso la

misión de 20 años en Afganistán en estos términos: Estados Unidos ha gastado más de 2 billones de dólares; se han perdido más de 2000 vidas estadounidenses, sin mencionar las de otros países y, sobre todo, las innumerables afganas; y, a pesar de ello, Afganistán ha vuelto al punto de partida. Los talibanes controlan más el país que cuando perdieron el poder y están mucho mejor armados, ya que han tomado las armas que Estados Unidos derramó sobre el ejército afgano y, además, se han reafirmado definitivamente derrotando a una superpotencia.

Es obvio que en todo este proceso también han jugado un papel muy relevante los incentivos económicos. El premio nobel Joseph Stiglitz calcula que una cifra conservadora del coste de las guerras de Irak y Afganistán, solamente para Estados Unidos, se eleva a más de 5 billones de dólares. Al cabo de los años, no debiera ser difícil identificar las empresas y sagas familiares que, de una u otra manera, han sido beneficiarias de tan extravagantes cifras, que al final terminaron armando a los talibanes.

\*\*\*\*

Probablemente el ejemplo más representativo, en el ámbito económico, del error implícito en el olvido de la dimensión informal de las instituciones es el que se conoce como Consenso de Washing-

ton, término acuñado en 1989 por el economista John Williamson. Con el acuerdo del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, se pactó un conjunto de diez amplios grupos de recomendaciones económicas concretas que se consideraron como el paquete de reformas «estándar» para los países en desarrollo. Ingenuamente se creyó que también en materia económica hay políticas válidas para cualquier país y en cualquier instante.

Hoy sabemos bien que no se pueden hacer afirmaciones tajantes sobre las virtudes de la liberalización, la desregulación, la privatización y el libre mercado en un determinado país sin tener en cuenta su contexto social y cultural, así como su nivel de desarrollo económico. También hoy la evidencia empírica más solvente nos fija los límites de lo que sabemos, resalta el pragmatismo y el gradualismo, y alienta a los gobiernos a experimentar sin prejuicios previos. Así lo expone el profesor Dani Rodrik en su libro *Economic Rules*, que es a la vez una crítica muy contundente a algunas de las políticas económicas aplicadas en el pasado y una defensa muy brillante de la ciencia económica. Después de tan llamativos fracasos, se puede afirmar que si ahora hubiera que redactar un nuevo Consenso de Washington su texto se debería escribir en los respectivos países y no en Washington. Y esto ya es un verdadero avance.

Volvamos, para ilustrar la afirmación anterior y alguna otra con la que completaré esta intervención, a releer al profesor Carmelo Lisón. Concretamente dos párrafos de su disertación en el pleno de nuestra Academia del 30 de noviembre de 2004 titulada «*La Otra Vía (Ciencia y razón antropológica)*». El primer párrafo dice así:

En la explicación científicamente científica sólo una opción es en principio posible: su aceptación, vale para todos los tiempos, espacios y culturas. Pero esa explicación rara vez está sobredeterminada por los fenómenos reales objetivos, por lo que precisa de interpretación de su sentido, interpretación que puede ser impugnada por teorías rivales que a su vez pueden ser correctas, aceptables simultáneamente o falsas –recordemos las teorías del origen del universo–. La interpretación, que es a la vez compleja y flexible, modera la rígida dicotomía entre órdenes de pensamiento –verdadero/falso, objetivo/subjetivo– porque sus contornos son un tanto vagos y fluidos y, no menos importante, establece un puente que ayuda a calibrar lo que hay en la realidad y lo que aportamos. Además, toda interpretación dice algo sobre el interpretante.

O dicho con la viveza intelectual de José Bergamín: «Si yo fuera un objeto, sería objetivo; como soy un sujeto, soy subjetivo».

El segundo de ellos es el siguiente:

El argumento científico busca la explicación universal expresada en teorías y principios abstractos y formales, válidos para siempre y en todo lugar; la Antropología es una disciplina humanística que investiga lo humano en su situación cultural concreta, en el contexto del dónde, del cómo y del cuándo [...] Cultivamos nuestro pequeño jardín del detalle y del caso porque lo general es banal y vacío, priorizamos la particularidad que no se puede deducir de principios genéricos teóricos, pero lo hacemos desde la empatía e inmediatez personal, en razonamiento concreto y penetración profunda desde la que generalizamos por comparación. Los métodos son para los problemas, y los procedimientos para el análisis de comunidades y grupos en su contexto y situación no los reverenciamos como verdades indudables, permanentes y universales.

Sin lugar a duda, la concesión del Premio Nobel de Economía es seguida con especial atención por el mundo académico y empresarial. La calidad del conjunto de los premiados dice mucho del riguroso proceso de selección y también de la vertiente progresivamente más empírica de la economía, que hace que al menos en la utilización de ciertas técnicas se asemeje a las ciencias de la naturaleza.

Pues bien, a alguno de estos premios me referiré a continuación para exponer, por sorprendente que parezca, cómo las citadas reflexiones

del profesor Carmelo Lisón nos ayudan a interpretar mejor el trabajo de los premiados. Me centraré en aquella que dice que en las ciencias sociales, y en la economía en particular, es difícil admitir «teorías y principios abstractos y formales, válidos para siempre y en todo lugar».

Cuando en el año 1974 el Premio Nobel de Economía le fue concedido a dos excepcionales economistas, el austríaco Friedrich von Hayek y el sueco Gunnar Myrdal, una miríada de comentaristas y académicos llegaron a la conclusión, y así lo dejaron por escrito, de que el jurado al tomar su decisión había querido llegar a un cierto «equilibrio ideológico», puesto que ambos galardonados se situaban en puntos radicalmente opuestos respecto a un problema tan relevante, en las economías de mercado, como es el de la eficiencia y la legitimidad del gobierno para intervenir en el orden social y económico.

Las preguntas que caben entonces son las siguientes: ¿Cómo es posible que ambos sabios tuvieran razón? ¿No habrá intentado el comité del Nobel, simplemente, cubrirse las espaldas contemporizando como lo hizo? Parece imposible pensar en la concesión en el mismo año del Nobel de Física o Química a dos personas por contribuciones contradictorias y que fueran admitidas por sus comunidades científicas.

Pero como bien nos recuerdan el profesor Dani Rodrik y el profesor Carmelo Lisón en los

textos citados, hay una característica central de la ciencia económica que supone una diferencia clave entre esta y las ciencias naturales. En efecto, la economía se ocupa del comportamiento humano, que depende del contexto social e institucional en el que se desenvuelve. Ese contexto es a su vez el que condiciona, queriéndolo o no, el comportamiento humano. Esto implica que las proposiciones en la ciencia económica son típicamente específicas del contexto, más que universales. Las mejores y más útiles teorías económicas son aquellas que establecen vínculos causales claros a partir de un conjunto específico de supuestos dependientes del contexto en el que se hagan.

Llegados a este punto, cabe recordar que para que los recursos se asignen de forma eficiente en una economía de mercado han de cumplirse ciertas condiciones. Cuando alguna de ellas no se cumple, se habla de un fallo de mercado y, desde luego, la corrección de tales fallos requiere la intervención pública. Ahora bien, siempre hay que contraponer los fallos de mercado a los posibles fallos de la intervención pública. Los fallos de la intervención pública tienen su origen en un variado tipo de razones; por ejemplo, los reguladores pueden carecer de los incentivos adecuados para llevar a cabo políticas que sean eficientes, o pueden no tener información bastante y adecuada, o simplemente protegen determina-



dos intereses privados en detrimento de la competitividad de la economía. Una cosa es intervenir para corregir los fallos del mercado y otra, bien distinta, es intervenir a favor de concretos intereses privados y empresariales. En un caso se defiende el mercado y en el otro se propicia una economía clientelar. Por esta razón, en la práctica de la política económica algunas veces hay que tener en cuenta la aproximación de Hayek y otras la de Myrdal. Solamente a través de una rigurosa evidencia empírica y evaluación de las políticas públicas podrá dilucidarse entre una y otra, y no siempre es fácil.

Situación análoga a la descrita se dio, por ejemplo, cuando cuarenta años más tarde, en 2013, el premio les fue otorgado a Eugene Fama y Robert Shiller, junto con Lars Peter Hansen. También en esta ocasión, tal como nos recuerda Dani Rodrik, se premió a dos economistas que tienen opiniones diametralmente opuestas sobre cómo funcionan los mercados financieros, y por tanto de cuál ha sido el origen último de la catastrófica crisis financiera que ha sufrido el mundo, y cuyas secuelas de desigualdad y aumento de populismos por doquier estamos hoy viviendo.

Fama, el economista de la Universidad de Chicago, es el padre de la *hipótesis del mercado eficiente*, la teoría de que los precios de los activos reflejan toda la información disponible públicamente, con la implicación de que es impo-

sible hacerlo, de manera consistente, mejor que el mercado dejado a su libre albedrío. Mientras tanto, Shiller, el economista de Yale, ha pasado gran parte de su carrera demostrando que los mercados financieros funcionan mal: se exceden con frecuencia, están sujetos a lo que llamamos *burbujas* y a menudo están condicionados por *comportamientos* humanos, difícilmente explicables, y muy lejanos de las *fuerzas racionales* del mercado que promueve su compañero de premio Eugene Fama. Por cierto, el tercer laureado de ese año, Lars Peter Hansen, recibió su premio por diseñar técnicas estadísticas para indagar sobre el comportamiento de los mercados financieros.

Con arreglo a lo anterior, los mercados financieros se comportan a veces de acuerdo con la teoría de Fama y otras de acuerdo con la de Shiller. El valor de sus respectivas –y rivales– teorías es que disciplinan nuestra comprensión de qué tipo de comportamiento del mercado financiero cabe esperar bajo unas determinadas condiciones. Idealmente, también nos ayudan a elegir qué modelo o teoría debemos aplicar en una coyuntura particular, aunque esto no siempre es sencillo.

La capacitación en economía requiere aprender no solo cómo funcionan los mercados, sino también sobre sus fallos y los de las innumerables formas en que los gobiernos pueden intervenir en él. En definitiva, en saber cómo podemos defender mejor los mercados. Desafortunada-

mente, la evidencia empírica en economía no siempre alcanza a clarificar determinadas controversias de tal forma que lo pueda hacer con carácter universal. Con frecuencia se dice que con la estadística se puede demostrar cualquier cosa. Yo pienso casi lo contrario: con la estadística, utilizada de modo riguroso, se pueden demostrar muchas menos cosas de las que generalmente se afirman.

Carmelo era muy escéptico respecto a los resultados que con frecuencia se utilizan y se presentan, algunas veces con gran rotundidad, en las ciencias sociales sobre la base de determinadas técnicas estadísticas, fueran estas encuestas o pretendidas relaciones de causalidad. Como queda dicho, no creía en las categorías; recuérdese el texto ya citado en el que indicaba que «cultivamos nuestro pequeño jardín del detalle y del caso porque lo general es banal y vacío». Huía de los estereotipos, postura que pienso que compartía con Walter Lippmann, quien afirmaba que los estereotipos son una simple «economía del pensamiento», que tienen lugar cuando el hombre no dispone ni de tiempo ni de conocimiento para responder a cada hecho con una completa e inteligente caracterización de sus aspectos distintivos.

Por lo que acabo de decir, puede tener sentido traer a colación un ejemplo más de un Premio Nobel de Economía. Concretamente el concedido

este año, hace dos semanas, a los profesores David Card, Joshua Angrist y Guido Imbens. En los tres casos la Academia sueca «valora los avances cosechados en el campo de los llamados experimentos naturales, aquellos que extraen conclusiones de situaciones que surgen en la vida real y que se asemejan a experimentos controlados». Este tipo de experimentos naturales permiten responder con más rigor a las grandes cuestiones relacionadas con las causas y los efectos en el ámbito de las ciencias sociales. Es esta una alternativa al tipo de experimento que se conoce en la literatura como *experimento aleatorio controlado*, alguno de cuyos postulantes en economía recibieron el Premio Nobel de Economía dos años atrás.

Uno y otro tipo de experimentos fueron aplicados a casos concretos dentro de determinados contextos económicos y sociales. Específicamente, uno de los trabajos del profesor Card que ha sido muy influyente y que fue realizado junto con el profesor Alan Krueger, recientemente fallecido, compara los niveles de empleo en restaurantes de comida rápida en el Estado de New Jersey con los del mismo tipo de restaurantes en el este de su Estado vecino de Pennsylvania, después de que en el Estado de New Jersey se hubiera subido el salario mínimo en un 19 %. Así se hizo, porque se consideró que este tipo de actividad era particularmente sensible a las variaciones del

salario mínimo. La conclusión que se obtiene es que la subida del salario mínimo no afectó al nivel de empleo en este tipo de restaurantes de New Jersey, que es el Estado en el que se subió significativamente el salario mínimo.

Una vez más, es importante señalar que este resultado, el hecho de que el nivel de empleo es invariante respecto a incrementos del salario mínimo, no debe aplicarse con carácter general a cualquier otra actividad, país o tiempo. Lo que realmente ha sido reconocido con este premio no son tanto los resultados de los casos particulares analizados, sino el rigor econométrico de la original metodología que se ha utilizado y la demostración de que los economistas podemos encontrar datos para responder a preguntas relevantes de política económica y social. Así se destaca, explícitamente, en la nota de prensa publicada por el jurado en la que de manera literal se dice que «los resultados muestran, entre otras cosas, que aumentar el salario mínimo *no necesariamente* conduce a menos puestos de trabajo». En definitiva, un ejemplo más de que tampoco en esta materia del salario mínimo caben afirmaciones rotundas, en una u otra dirección, si antes no son respaldadas por análisis empíricos rigurosos dentro del contexto económico y social al que hacen referencia. Las políticas económicas concretas deben estar sustentadas en hechos y no en prejuicios.

Todo esto lo tenía bien presente nuestro compañero Carmelo Lisón cuando, en el párrafo final de la última intervención que tuvo en el Pleno de esta Academia, hace ahora tres años, escribía:

Lo relativo se formula en relación a algo, a un punto de vista y a un episteme, pone de manifiesto que se pueden ver las cosas bajo distinta luz, pero siempre, y a la vez, bajo la lámpara de la verosimilitud y desde la tozudez del hecho y sus consecuencias que no tolera disparates. No todo, ni mucho menos vale.

\*\*\*\*

Quienes tuvimos la inmensa fortuna de tratarlo sabemos bien que Carmelo no era aleccionador, estaba libre de pedantería, y también era elegante y humilde, todos ellos atributos de la sabiduría.

Termino. El pasado otoño después de unos días en el Caurel me acerqué a Santiago de Compostela. A causa de la pandemia la ciudad estaba bellamente desierta; así pues, libre de la muy agobiante masificación y banalización de su centro histórico. Recordé, entonces, la descripción que hace Álvaro Cunqueiro de su llegada a Santiago en el camino que le trajo desde Piedrafita del Cebreiro, donde, por cierto, nuestro compañero tiene una calle con su nombre:

*Rúa Carmelo Lisón.* Al final de esta descripción, dice Cunqueiro:

Ha cesado de llover y anochece suavemente. Al entrar en la catedral por la puerta de las Platerías saludo al rey David que allí está tan noblemente sentado, y le pido que pase, aunque sea una sola vez, el arco por las cuerdas de la viola. Porque estoy seguro de que aquí la piedra canta.

Pues bien, cuando ese día de otoño llegué y me detuve en la puerta de las Platerías todavía estaba lloviendo, y creí sentir que el rey David, leyendo mi pensamiento, pasó, otra vez, el arco por las cuerdas de su viola y, en este trance, la piedra cantó. Pero esta vez estoy seguro de que lo hizo por nuestro compañero Carmelo.